

Subsecretarios de Estado, diputados al Congreso de la República, directores generales, asesores, así como dirigentes de los nuevos partidos políticos, tales como el Frente Popular Libertador (FPL), el Partido de Acción Revolucionaria (PAR) y el futuro Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), llegaban con frecuencia a los corredores donde conversaban lega y ruidosamente con los grupos de estudiantes que por ahí anduvieran.



La Huelga de Dolores

que viví

con mi generación

1947-1977

Carlos Guzmán Böckler.

La herencia que recibimos

Los primeros e inseguros pasos que dimos al ingresar a los espaciosos claustros y a las altas y penumbrosas aulas de la vieja Facultad de Derecho, al mismo tiempo que halagaban nuestra vanidad -en mi caso y en el de muchos más, aún matizada por los resabios de la adolescencia- nos encaminaban, sin que lográramos comprenderlo a cabalidad, hacia una forma muy particular de situarnos dentro de la urdimbre social de una Guatemala que vivía, desde hacía un poco más de dos años, una fuerte y acelerada sucesión de cambios políticos que estaban determinando a su vez alteraciones y reacomodos sociales. Llegábamos a uno de los sitios donde se entremezclaban jóvenes procedentes de las distintas capas de las clases medias urbanas que, en su mayoría, provenían de la ciudad capital y, en menor cantidad, de las cabeceras departamentales que contaban con centros educativos de segunda enseñanza. No faltaban algunos retoños de las familias acaudaladas y unos pocos pertenecientes a familias obreras, así como unos cuantos chafas, es decir, oficiales del ejército, a quienes -por casi unanimidad de votos- les exigimos que llegaran sin uniforme, lo cual provocó su disgusto y consiguiente retiro. Uno de ellos, el Turco Castañeda, volvió al año siguiente. Armando Diéguez, que ya no era tan joven y vestía de particular porque estaba de baja, se quedó. Los primeros intercambios de palabras eran tanteos

para medir afinidades, poner distancias y sospechar antipatías, a partir de los parámetros conocidos, a saber: tener edades similares, residir en determinados barrios de la ciudad, provenir de los mismos pueblos, ciudades o regiones geográficas del interior del país, practicar alguna actividad deportiva, provenir de institutos nacionales o de colegios privados, tanto de orientación laica como religiosa (¡colegios de huecos! diría pocos años después el ¡No Nos Tientes!), o bien de las escuelas normales, en cuyo caso la edad era mayor porque, antes de servir en las escuelas de la Capital, los maestros de primaria debían desempeñarse como tales en diferentes municipios del país. Muchos de éstos provenían de las capas medias de las ciudades provincianas, habían sido becarios del Gobierno y pertenecían a un grupo de burócratas largamente despreciados por las dictaduras que recién habían caído. Y no faltaron algunos ¡viejos! es decir, personas que andaban -quien más, quien menos- alrededor de los cuarenta años, que se comportaban con los demás como maduros o experimentados y que trataban de lucirse como avisados, o sea, como ¡chuchos apaleados en portillo! Algunos ejercían la huizachería y para tal menester contaban con oficina abierta a un público de preferencia poco letrado, asáz ingenuo y no siempre provisto de suficientes fondos, vale decir, compuesto por gaños o puyos, según la expresión peyorativa con la que el caló urbano de la época definía no sólo su estado financiero sino, indirectamente, su déficit cultural. Y, por supuesto, no podía faltar el pequeño contingente de poetas y poetastros, a los que el distinguido huelguero Chico Luna clasificaba como bardos o, simplemente, vulgares porta-liras, según el grado con el que su inspiración lograba conmover a sus resignados escuchas, de preferencia en las cantinas, o arrojar a un ejercicio sadomasoquista a sus temerarios lectores. Naturalmente, uno que otro valía la pena. Sin embargo, revueltos, vienen a nuestra memoria algunos nombres, a saber: Marco Díaz Laparra, Hugo Barrios Klee, Guillermo Turcios Meléndez, alias María Bonita y, Hugo El Negro Moreno (la redundancia es de la época). Por otra parte, había que contar también con las simpatías de los más, las antipatías de los menos y la indiferencia de algunos hacia la modalidad política imperante conocida como LA REVOLUCIÓN. En otras palabras, el gobierno que encabezaba Juan José Arévalo, el cual contaba entre sus más relevantes colaboradores a estudiantes de los últimos años de nuestra Facultad, tenía una gran presencia, mucho más en los claustros que en las clases que se impartían en aquella. Subsecretarios de Estado, diputados al Congreso de la República, directores generales, asesores, así como dirigentes de los nuevos partidos políticos, tales como el Frente Popular Libertador (FPL), el Partido Acción Revolucionaria (PAR) y el futuro Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), llegaban con frecuencia a los corredores donde conversaban larga y ruidosamente con los

grupos de estudiantes que por ahí anduvieran. A esa asamblea permanente e informa, de quórum y agenda libres, se le llamaba EL PÁRRAFO, ya que, al tenor de los dictados del caló estudiantil del momento, parrafear era platicar, y por ende, el párrafo era la plática entre varios interlocutores sin director de debates y sin límite de tiempo, donde los asistentes, que se sentían obligados a expresarse en la jerga de moda e incluso a acuñar uno que otro neologismo, intervenían o sólo oían, se integraban en cualquier momento y se largaban cuando se les daba la gana. En todo caso, los puntos preferidos eran la política nacional y, en orden decreciente, la regional y la internacional, así como las actuaciones públicas y las vidas privadas de los políticos y personajes conocidos o destacados, para bien y para mal, en todas las áreas de la vida colectiva. El fútbol y los futbolistas ocupaban un tiempo extenso durante el cual los asistentes asiduos al estadio, los lectores de las crónicas deportivas, los escuchas de los radioperiódicos y los que sólo habían oído hablar de los encuentros comentaban, reconstruían imaginaria -y no siempre imaginativamente- las jugadas (todavía no había televisión) y discutían en forma encarnizada o con sorna las opiniones ajenas, ya que en tales conocimientos todos se consideraban eruditos. Y, por supuesto, las películas y las estrellas cinematográficas, las canciones, sus intérpretes y los compositores de moda, con énfasis en los boleros, los tangos, las rancheras, las piezas de marimba y los ritmos afrocaribes. Paralelamente, se comentaban los artículos periodísticos, se opinaba sobre los columnistas, se expulgaban las noticias del día; y por otra parte, se abordaba el tema de los bares, las cantinas y los prostíbulos, con sus distintos atractivos, en especial los que contribuían a calmar las tribulaciones de una, muchas veces tan reciente como deficiente, iniciación sexual producto de costumbres sociales pactadas e hipócritas. En estos tópicos deslumbraban a la concurrencia algunos de los mayores y experimentados, que manejaban con soltura el léxico, los ademanes y las expresiones de los padrotes, como se suele llamar hasta la fecha a los proxenetes. Y no faltaban los apologistas del guaro, admiradores de los fuerceros, de los bolos de armario y de los borrachos de fin de semana, cuyos CLAVOS eran relatados en forma pintoresca, cuando no encomiástica, y coreados con estridentes risotadas. Afortunadamente, la cercanía de los Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe, a celebrarse en Guatemala en 1950, al tiempo que se estrenaran las nuevas instalaciones deportivas (estadio olímpico, palacio de los deportes, gimnasio, velódromo, diamante de béisbol, piscina olímpica, teatro al aire libre, etc), creaba expectativas entre los jóvenes universitarios; y el deseo de algunos para capacitarse encontró eco en los entrenadores extranjeros que fueron contratados por el Gobierno para tal fin. En nuestra universidad no faltaron quienes impulsaran estas actividades y otras, como el remo, que a la

sazón no era una disciplina de competición olímpica. Algunos fuimos reclutados en la Facultad de Derecho por Adrián el *Macho Calderón* para esta actividad, realizada preponderantemente en la laguna de Amatitlán, donde entrenábamos, convivíamos y competíamos con los remeros de Medicina, Farmacia e Ingeniería. Muchos fuimos a practicar deportes y a conversar periódicamente al Club Deportivo Universitario, ex *Sportplatz* del antiguo Colegio Alemán, más conocido como *Los Arcos* y allí, durante muchas tardes de sábado y mañanas de domingo, fraternizamos con los estudiantes de las otras facultades, menos politizados pero dispuestos a participar en expresiones públicas y colectivas. Y la otra forma de intercambiar ideas, opiniones, experiencias, simpatías, insultos y, de vez en cuando, puñetazos, se llevaba a cabo en las fiestas o en las cantinas, que también contaron con una clientela estudiantil que no podríamos calificar a priori de selecta, pero sí, y con toda seguridad, de numerosas y bullanguera, de entre la cual destacó más de un peleador callejero, tal como el recordado futbolista, bebedor y más tarde, abogado y político Héctor *El Azacuán* Ramos, vencedor de Gaudiano, campeón de box de la Escuela Politécnica, en las refriegas colectivas que estudiantes universitarios y cadetes estelarizamos frente al cine *Lux*, durante los desórdenes callejeros motivados por la Huelga de Dolores de 1949.

Los cursos informales de reflexión y práctica política universitaria los tomamos en las sesiones ordinarias y extraordinarias de la Asociación de Estudiantes El Derecho (AED), de la cual todos éramos miembros por el sólo hecho de estar inscritos en la Facultad, del mismo modo que pertenecíamos a la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) por ser cursantes de la Universidad. En la primera más que en la segunda aprendimos a mocionar, argumentar, redargüir, impugnar y votar, así como a respetar las decisiones de la mayoría, en un clima que entremezclaba momentos de seriedad con bromas, aplausos, rechiflas y burlas, sobre todo cuando alguien decía una o varias muladas, con o sin solución de continuidad. A muchos, por otra parte, nos impresionaba profundamente el rigor de la argumentación de algunos estudiantes avanzados, así como la riqueza del lenguaje con la que se expresaban. Como telón de fondo de todas las discusiones estaba presente, directa o indirectamente, el momento político de Guatemala. Algunas de las escaramuzas eran protagonizadas por uno que otro antiguo servidor de los ubiquistas o por ciertos hijos de estos últimos que roían juntamente con sus padres el rencor que les dejara la derrota de 1944. A su lado y por razones de orden económico y de poder político y religioso había otros estudiantes pertenecientes a los sectores privilegiados o a ciertos estratos de las clases medias deseosos de una vida profesional futura a la sombra de aquellos que

concentraran la mayor cantidad de dinero, sin importar quienes fueran ni las vías que siguieran para lograrlo. Todos eran, estrictamente hablando, los reaccionarios y, en su lucha, no estaban solos, puesto que, conforme se fueron apagando los fuegos de la victoria colectiva y popular contra la dictadura de Ponce Vaides y del Partido Liberal Progresista, los intereses de las clases dominantes y de los sectores acomodados de las capas medias urbanas, así como los de las compañías norteamericanas que a la sazón dominaban gran parte de la vida económica del país (la *United Fruit Company*, la Compañía Agrícola de Guatemala, la *International Railways of Central America*, La *Tropical Radio and Telegraph Company*, la *All America Cables*, la Empresa Eléctrica de Guatemala, subsidiaria de la *Electric Bond & Share*, la *Pan American Airways*, las compañías operadoras de los muelles de los Puertos de San José y Champerico, etc.), se expresaban pública y libremente (paradójicamente, con la libertad de prensa que volvía a Guatemala después de una noche de 14 años) en contra del Gobierno y de los sectores populares, sobre todo desde que el régimen de seguridad social dio sus primeros pasos y, el 1o. de mayo de 1947, tal como lo dijo Arévalo, *el Código de Trabajo pasó a ser propiedad popular*. Al clima de agitación interno había que agregar la situación política del área del Mar Caribe, donde las dictaduras de Somoza, en Nicaragua y Trujillo en la República Dominicana, eran el rescoldo oprobioso de las políticas norteamericanas de la *diplomacia del dollar* y del *big stick*, que poco antes también habían sostenido a Martínez en El Salvador, a Carías en Honduras y a Ubico en Guatemala. Para que el nuevo gobierno de esta última sobreviviera, con una orientación política por definición antagónica a la de los gobiernos que infestaban las aguas marítimas comunes, no podía permanecer estático; debía luchar y, para comenzar, recibió como asilados a todos los perseguidos políticos que así lo solicitaron. Algunos de ellos se organizaron en la *Legión del Caribe*, se lanzaron contra los tiranos, en operaciones tan festinadas como heroicas, y cayeron en su empeño. De los retazos de esos recuerdos, que nos quedaron enredados en algún recodo de la memoria, nos llegan los acentos conmovedores con los que un exiliado nica se despedía de su amigo, caído al nomás pisar su suelo patrio: *...ha muerto Chema Tercero, de patriota y de guerrero...* Nos está demás recordar que entre los 114 estudiantes que ingresamos a la Facultad de Derecho en 1947, dos de ellos, de nacionalidad hondureña, militaban en las filas de la Legión del Caribe.

Por otra parte, en el panorama mundial se consolidaba la pugna que separaba irremisiblemente a los Estados Unidos de América de la Unión Soviética. Los vencedores indiscutibles de la segunda guerra mundial iniciaban su lucha por el

predominio del mundo compitiendo, por una parte, en una carrera armamentista interminable y, por la otra, convirtiéndose en satélites incondicionales a todos aquellos países que por figurar previamente en los acuerdos de Yalta o por convenir a sus nuevos intereses, debían subordinárseles. Guatemala, por estar situada en el *backyard* de la unión americana y por ser feudo de las empresas antes enumeradas, estaba considerada por éstas y por su gobierno, tanto militar como económicamente, dentro de su esfera de influencia, de suerte que la formación de partidos políticos de izquierda moderada o de un partido comunista (el PGT) y la acción de un gobierno que discutiera públicamente la política imperialista norteamericana y se opusiera a ella, aunque fuera verbalmente, lindaba con el desacato y caía en el desafío, o sea, realizaba a sus ojos actos hostiles a los que englobó en un solo término: comunistas, ya que la *guerra fría*, como se dio en llamar al antagonismo soviético-americano, había simplificado y generalizado sus posiciones al extremo de ver a todos los pueblos del mundo partidos en dos: comunistas y anticomunistas. Sin embargo, dentro del país todo lo atinente a las relaciones exteriores, incluyendo las diferencias con los Estados Unidos de América, no fueron comprendidas en profundidad ni sopesadas en toda su complejidad. Se dio mucha más importancia a los cambios internos y se buscó la vía de la aglutinación popular tanto a través de los partidos políticos como de las organizaciones sindicales, se echó a andar la inspección de trabajo y se fortaleció la justicia laboral, con todo lo cual, el Gobierno estuvo en posibilidad de salir airoso de los innumerables complots que sus adversarios tramaron incansablemente, en contubernio con distintos jefes militares, así como de ganar las elecciones más importantes. Empero su frente de lucha fue preponderantemente urbano y, al menos durante la



Desde que la HUELGA se inició, el DESFILE es la parodia de una procesión de la semana santa, que se abre con la réplica chusca de la pintua del esqueleto que simboliza la muerte y que inicia la marcha del santo entierro. Las carrozas son la versión burlona de las andas que llevan los pasos; las hileras de estudiantes que, en fila india, caminan flanqueándolas, están compuestas por los epigonos chocarreros de los cucuruchos, y la tarjeta que, con dibujos y versitos alusivos al momento, lleva cada huelguero en el pecho, es la versión profana de la que, con el retrato de la imagen a cargar y con el turno en que le corresponde a cada cual hacerlo, portan en igual forma los cucuruchos.

gestión de Arévalo, no enfrentó los problemas del campo, es decir, la tenencia de la tierra y el trabajo agrícola, a pesar de que la mayoría de la población era rural e indígena (así se denominaba entonces a los pueblos que ahora prefieren ser llamados mayas), salvo en lo relacionado con los trabajadores de la agricultura tecnificada norteamericana aposentada en las vastas y fértiles regiones de Bananera y Tiquisate. Por otra parte, el régimen revolucionario, impulsado y dirigido por miembros de las capas medias directa e indirectamente, fortaleció las posiciones de aquéllas y las acrecentó, lo cual equivale a decir que optó por favorecer a los sectores de la población urbana y ladina que conforman lo que algunos sociólogos llaman las instancias morales de la sociedad, o sea, la universidad, los centros de enseñanza secundaria (que duplicó en los primeros 6 años), los tribunales, la burocracia (la militar en primer término), la prensa (para el caso, más deformadora que formadora de la opinión pública), las iglesias (la católica, por entonces, con mucha ventaja sobre las otras), los intelectuales, los profesores y los profesionales universitarios, a los que se englobó a través de la colegiación obligatoria. Por su parte, el sector oligárquico se organizó a través de las asociaciones de agricultores, comerciantes, industriales, banqueros, aseguradores y especuladores financieros, etc. Paralelamente, los precios del café, principal producto agrícola que exportaban los guatemaltecos, ya que el banano era negocio exclusivo de gringos, alcanzó en ese 1947 los precios que habían perdido en 1930. En otras palabras, la crisis de los años 30 terminaba en Guatemala ya bien avanzados los 40. Y, aunque la beneficiada en primer término fue la burguesía cafetalera, monocultivista y monoexportadora, hubo una derrama suficiente para abrir nuevos negocios o ampliar los ya existentes en los rangos sociales intermedios de la capital y de algunas cabeceras departamentales. En pocas palabras, esos fueron algunos de los años de considerable expansión de las clases medias urbanas y ladinas del país, a las que hasta el sindicalismo recién organizado favoreció, puesto que muchos de los nuevos dirigentes y diputados *obreros* salieron de sus distintas capas. Quienes entramos a la Facultad de Derecho en 1947 pertenecíamos, al igual que la casi totalidad de estudiantado universitario anterior y de nuevo ingreso, a los diversos estratos de esa clase media ambiciosa e insegura, gritona y *coyona* exigente y arribista, ansiosa de libertades para un futuro que se vislumbra promisorio y nostálgica de los servilismos de un pasado que no terminaba de pasar. Estábamos pues muy mal preparados para entender la situación, y la Universidad, como tal, hizo muy poco para instituirnos. A excepción de ligeros parches, empezamos a cursar la carrera conforme a los planes de estudio de la época de la dictadura: gracias a los esfuerzos de algunos profesores -conocedores de su materia, provistos de un pasado sin claudicaciones y con deseos de transmitir conocimientos-, la

inercia del ayer pudo ser frenada, pero no detenida. No obstante, el ejercicio de la autonomía universitaria, recién obtenida en diciembre de 1944, abrió a la juventud nuevos y mejores rumbos, marcados por un Consejo Superior Universitario, atinadamente encabezado por el Doctor Carlos Martínez Durán, primer Rector electo en comicios libre y legales.

Así, con esa inmensa carga de contradicciones y con muy poca conciencia del peso de las mismas, con una alegría rayana en la irresponsabilidad y, no obstante, con una mentalidad que ambicionaba tanto el bienestar personal como la justicia social (el término era nuevo entonces) en un clima de libertad que tenía como horizonte los valores de esa clase media ambivalente, urbana, machista y racista (al tenor de uno de sus dogmas: el país se gobernaba desde la capital, por los ladinos, y los indios debían permanecer en el monte), inició su vida universitaria nuestra generación, en la que un solo maya, el mam Armando Bravo López, y ninguna mujer estuvieron presentes. Nuestras actividades estudiantiles empezaron junto con el año. Algunos de los *viejos* bautizaron a la casi totalidad de los *nuevos* cortándoles el pelo en forma irregular, por lo que un barbero tenía que completar la rapada, lo cual obligaba al uso de cachuchas, boinas o gorras y, a muchos, les daba la satisfacción adicional de que sus amistades y el gran público supieran que ya eran estudiantes universitarios. Algunos jugaban la vuelta a los peladores y se escabullían sin que éstos les dieran caza; y uno, Rivera Bermúdez, los desafió y, de hecho, los repelió blandiendo amenazadoramente un puñal. A partir de entonces se le conoció como el *filo de la navaja*, título de una película de moda. Así, casi inmediatamente después de *hollar el umbral de la ciencia jurídica*, como rezaba el primer párrafo del primer libro (el de García Maynez) que debimos leer, empezaron los preparativos de la primera Huelga de Dolores en la que habríamos de participar de pleno derecho si lo queríamos. Por supuesto, la casi totalidad de los jóvenes lo quisimos y empezamos a informarnos sobre lo que podíamos hacer. En verdad, casi nada, puesto que en los escasos dos años que la Huelga llevaba de revivida, un grupo selecto de estudiantes de derecho, para entonces de los años superiores, había concentrado, juntamente con otros estudiantes destacados de las demás Facultades, en relativamente pocas manos, la dirección total de las actividades. Ellos formaban el Honorable Comité de Huelga de Dolores, cuyo nombre ironizaba la designación oficiosa y no oficial que los más encumbrados organismos colegiados del momento se daban y disfrutaban con que les dieran, ya que legalmente se llamaban, por ejemplo, Congreso de la República. Corte Suprema de Justicia, Corte de Apelaciones, Consejo Superior Universitario, Consejo Municipal, etc. Y no existía disposición alguna que obligará a anteponer el término

honorable a su nomenclatura legal. Pero, el resabio de un servilismo largamente cultivado impulsaba a seguir recurriendo a semejantes calificativos. Y eso era lo que se demeritaba con la burla.

Nuestro encuentro con la Huelga revivida

Fue a principio de 1945 cuando el entonces estudiante de los últimos años de la Facultad de Derecho, Jesús *chus* Guerra Morales, secundado por Francisco *chico* Luna (*Sir Jesus War* y *Sir Francis Moon*, según decía este último), así como otros que sería prolijo enumerar, presentaron ante la asamblea general de la Asociación de Estudiantes El Derecho la moción de reanudar la celebración de la Huelga de Dolores, silenciada durante la larga y agobiante dictadura de Jorge Ubico. Una respuesta jubilosa, vertida a través de una votación unánime, dio paso a una etapa más en la vida azarosa de la chusca y controvertida festividad estudiantil. El entusiasmo se contagió a los estudiantes de medicina, en primer término, y a los de las otras Facultades con menor intensidad. De ahí que el paso obligado fuera constituir el Comité de Huelga y tratar de llenar, a partir del ingenio de los revividores, el esquema general de la festividad trazando a partir de 1898 y enriqueció durante los 47 años posteriores por las generaciones precedentes, el cual contenía dos grandes actividades: la publicación del NO NOS TIENTES y la realización del DESFILE, con el objeto de combinar la sátira escrita con la escenificación ambulante de situaciones embarazosas para los políticos de turno, sea mediante cuadros en vivo, sea con esculturas perecederas montadas en plataformas rodantes y ornamentales: las carrozas, a fin de que, de la combinación de las palabras con las formas, los volúmenes y los colores surgieran las expresiones capaces de cautivar la imaginación de un público simple y multitudinario, al que se gratificaba con la burla de los poderosos, en especial de quienes gobernaban, caricaturizados para escarnio propio y alegría de la concurrencia. Correspondía entonces a los niveles huelgueros del 45 dar forma y contenido a los temas y los personajes de su propia época, uniendo en una sola expresión las dificultades de los géneros cómico y satírico. Como era de esperarse, recurrieron a los huelgueros de la generación de 1920 que aun mantenían el entusiasmo de sus años mozos, en especial al médico Joaquín *la Chinche* Barnoya, pero en gran medida echaron mano de su propia inventiva y, casi sin proponérselo, en algunos momentos, cruzaron los umbrales de la creatividad. Además, de Chus Guerra, primer director del NO NOS TIENTES, cabe recordar a Mario *el loco* Alvarado Rubio, encargado de las carrozas junto con Rodolfo la vieja Martínez Sobral, hijo del huelguero de la generación del 20 *Pan* Martínez Sobral, que le heredó las habilidades carroceras

y las de pintar a *La Chabela*, esqueleto blanco sobre fondo negro que haciendo una mueca obscena danza al inicio del DESFILE, portada por estudiantes de medicina ataviados como tales.

A estas alturas, conviene traer a cuenta que, desde que la HUELGA se inició, el DESFILE es la parodia de una procesión de la semana santa, que se abre con la réplica chusca de la pintura del esqueleto que simboliza la muerte y que inicia la marcha del santo entierro. Las carrozas son la versión burlona de las andas que llevan los pasos; las hileras de estudiantes que, en fila india, caminan flanqueándolas, están compuestas por los epígonos chocarreros de los cucuruchos, y la tarjeta que, con dibujos y versitos alusivos al momento, lleva cada huelguero en el pecho, es la versión profana de la que, con el retrato de la imagen a cargar y con el turno en que le corresponde a cada cual hacerlo, portan en igual forma los cucuruchos. La banda, en vez de tocar marchas fúnebres, esparce las notas irreverentes de versos satíricos respuntados a piezas de música popular fácilmente reconocibles e incluso coreables por la concurrencia. El haber escogido el viernes de dolores para llevar a cabo el DESFILE, portada por estudiantes de medicina ataviados como tales.

A estas alturas, conviene traer a cuenta que, desde que la HUELGA se inició, el DESFILE es la parodia de una procesión de la semana santa, que se abre con la réplica chusca de la pintura del esqueleto que simboliza la muerte y que inicia la marcha del santo entierro. Las carrozas son la versión burlona de las andas que llevan los pasos; las hileras de estudiantes que, en fila india, caminan flanqueándolas, están compuestas por los epígonos chocarreros de los cucuruchos, y la tarjeta que, con dibujos y versitos alusivos al momento, lleva cada huelguero en el pecho, es la versión profana de la que, con el retrato de la imagen a cargar y con el turno en que le corresponde a cada cual hacerlo, portan en igual forma los cucuruchos. La banda, en vez de tocar marchas fúnebres, esparce las notas irreverentes de versos satíricos respuntados a piezas de música popular fácilmente reconocibles e incluso coreables por la concurrencia. El haber escogido el viernes de dolores para llevar a cabo el DESFILE apareja un desafío al recato y la continencia que la iglesia exigía de sus fieles durante la cuaresma y, máxime, cuando se estaba a las puertas de su culminación natural, es decir, de la semana santa; y la transmutación de los dolores propios de la pasión de Cristo en los dolores que el pueblo sufría a causa de la arbitrariedad, la desfachatez y la venalidad de sus gobernantes subrayaba la hipocresía del clero que, coludido con los poderosos, se escudaba en una moral incompatible con su proceder en la vida

cotidiana. Para comprender la profundidad de la crítica social y política que tenía toda esta pantomima, hay que recordar que, en la Ciudad de Guatemala de fines del siglo XIX y de un poco más de la mitad del XX, la población no sólo era muy escasa, si la comparamos con la de hoy (entre 1945 y la actualidad, ha pasado de 350,000 a 3.500,000 habitantes, incluyendo los municipios conurbados) sino que los personajes que en ella sobresalían eran bastante conocidos tanto en las clases acaudaladas y medias como en ciertos barrios populares. La chismografía propia de todos los pueblos chicos (o infiernos grandes como reza el dicho) hacía circular de boca en boca las actuaciones públicas y las debilidades íntimas de muchas familias y personas, por lo que no era difícil para los huelgueros recopilar las historias que ya andaban de boca en boca o que se guardaban bajo una secretividad más que dudosa y, debidamente aderezadas, volverlas a desparramar con una dosis pura de picardía y con un vocabulario coloquial y desvergonzado que fácilmente invadía los terrenos de la procacidad, a pesar de algunos intentos de guardar las normas de un ingenio que siempre está ligado al aquí y al ahora, razón por la cual los artículos de los NO NOS TIENTES de años anteriores arrancan muy pocas sonrisas a los lectores de hoy, sobre todo porque las palabras y las situaciones sobreentendidas en los textos nunca quedan, según el caso, escritas ni señaladas. En la ciudad de Guatemala había muy pocos periódicos, las radiodifusoras empezaron a dar noticias al final de los años 30 y la televisión arrancó junto con la década de los 50, pero el poder adquisitivo de la población, bastante estrecho en la mayoría de las capas de la clase media, y muy restringido en las clases populares, limitó el uso del radio primero y más tarde el del televisor. El invento de la radio de transistores y el sistema de ventas a plazos hicieron que una cantidad cada vez mayor de ciudadanos dispusiera de formas más amplias e impersonales de conocer las noticias y las vidas -pública y privada- de la gente que se hacía notar en cualquier actividad de la vida colectiva.

El éxito del NO NOS TIENTES se debió, por una parte, a la soberbia y a la intransigencia de los tiranos y, sobre todo, de sus esbirros, celosos de castigar cualquier opinión, escrito o acto que se pudiera reputar contrario al Gobierno o al Señor Presidente, por lo que, para la salvaguarda del buen nombre de ambos, se practicaba la censura periodística y se mantenía a los *orejas* en actividad permanente, lo cual sucedió especialmente en los tiempos de Estrada Cabrera y Ubico. EL NO NOS TIENTES, cuando pudo circular, cumplió con poner al descubierto lo sucio e inconfesable de aquellos regímenes, los cuales suprimieron su aparición pero, en la década comprendida entre 1944 y 1954 el Gobierno jugó la carta de la libertad de prensa y varios diarios de la época se solazaron tanto en

atacar a los funcionarios públicos, a los líderes políticos y a los dirigentes sindicales, como en alabar al gobierno gringo, a las empresas de esa nacionalidad que succionaban a cambio de migajas irrisorias las riquezas del país, a la oligarquía terrateniente y a la jerarquía eclesiástica ultra conservadora. El NO NOS TIENTES, al par que satirizaba a los políticos de turno, puso a la luz del día la podredumbre, las maquinaciones y las limitaciones de quienes, fueran extranjeros o nacionales, contribuían a la explotación de los trabajadores del campo y de las ciudades, al tiempo que practicaban el entreguismo más abyecto hacia lo extranjero y, muy en particular, a lo gringo. Ese ambiente de libertad de expresión obligó a los redactores del NO NOS TIENTES a decir lo que la prensa, por mezquindad o por mala fe, no decía, así como a usar los giros y las expresiones ingeniosas con más frecuencia y a dejar en segundo plano la vulgaridad chocarrera y la procacidad, con el objeto de que la risa del lector surgiera espontáneamente de la satisfacción que le provocaba la combinación de la penetración incisiva con la picardía expresiva.

Ahora bien, la innovación aportada por los huelgueros del 45 fue la VELADA ESTUDIANTIL y su realización en uno de los cines más confortables y espaciosos de la época, el Lux, dotado de una amplia luneta, un palco y una galería numerada de menor capacidad y una extensa galería general, situado en la intersección de la 11 calle con la 6a. Avenida (a la sazón la principal de la ciudad) en la actual zona 1. No cabe duda de que algunos estudiantes, como Beto Zepeda o *Chichicúa* López Urzúa, que contaban con cierta vocación histriónica, y muchos más de Medicina y Derecho, a quienes entusiasmaba la idea de actuar frente a un público tan numerosos como deseosos de reír sin formular mayores exigencias, aprovecharon la ocasión y dieron paso a pequeños números o *esquechs*, como decían, en una libérrima traducción, los nóveles autores teatrales, que acuñaron para los años subsiguientes un esquema de representaciones que alternaba las actuaciones de conjuntos que hablaban, bailaban o cantaban en forma combinada con los discursos jocosos unipersonales de cierta duración o por lo regular leídos por su autor quien, para el efecto, se servía del disfraz que más conviniera al personaje que representaba o al texto que leía. Una orquesta en *vivo* (como suele anunciarse hoy), dirigida por Mario *el Chato* Lobos, organizada para tocar música popular en las fiestas por este integrante de la Orquesta Sinfónica Nacional, acompañaba las parodias de las letras de las canciones populares y las danzas un tanto libres de los artistas improvisados. La entrada era pagada y, desde su nacimiento, las localidades (vendidas a precios que no se podían considerar como muy populares) se agotaron antes de que la función diera principio, a las 9:00 p.m. de uno de los días de la semana correspondiente al Viernes de Dolores.

Los huelgueros del 45 sentaron el precedente de que el NO NOS TIENTES debía aparecer en la noche inmediata anterior al mencionado viernes, y de que el recorrido del DESFILE debería partir de la Facultad de Medicina, descender por la 11 calle, tomar la 6a. avenida hasta la 6a. calle, pasar frente al Palacio Nacional y la Catedral, bajar la 8a. calle hasta la 9a. avenida y terminar en la facultad de Derecho. Asimismo, al continuar con la tradición de los huelgueros de las épocas anteriores, los del 45 prescribieron que tanto a la salida como a la entrada del cortejo, un estudiante de Medicina y uno de Derecho, respectivamente, con el rostro cubierto por una capucha, leyera los DECRETOS DE DECLARATORIA y DE CLAUSURA DE LA HUELGA, según el caso. En la Facultad de Medicina lo leyó hasta antes de graduarse, Werner Ovalle López desde el balcón central de la segunda planta del edificio, y en la Facultad de Derecho lo hizo Eduardo *el Pájaro* Rodríguez hasta quizás 1950, año en que yo lo sustituí hasta 1956, desde la cornisa del pórtico principal de la entrada a la vieja y austera edificación colonial. Los decretos eran una parodia de los que la Asamblea o el Congreso, según los nombres que fue tomando con el correr de los años, hacían en su quehacer legislativo. Formalmente, el Honorable Comité de Huelga lo respaldaba con su nombre y así lo hacía saber en el encabezado, luego venían los fundamentos, precedidos -a la antigua usanza española- de la palabra CONSIDERANDO, hasta desembocar en la parte declarativa, a la que se anteponían los términos POR TANTO. En la jerga estudiantil, al conjunto se le llamaba LOS CONSIDERANDOS, ya que en ellos, por medio de frases cortas y punzantes, se ridiculizaba, se zahería o se hacía burla a los personajes públicamente conocidos, tanto en el escenario político como en el de la vida general del país o del extranjero. EL CONVITE, fue revivido como un paseo corto, previo a la semana de la Huelga, por las calles céntricas de la capital, para anunciar a la población la proximidad del acontecimiento y para acelerar los cobros de las contribuciones que, para sufragarlo, se pedía a comerciantes, empresarios, funcionarios y políticos, los cuales pagaban con cierta generosidad. Como constancia se les extendían recibos, en los que los estudiantes caricaturistas (Mario *el Loco* Alvarado y, sobre todo, Mario *Cuca* López Larrave fueron en su momento los más connotados) creaban motivos alusivos a la actualidad política y anotaban el valor del billete, ya que los había de varias denominaciones.

Conviene traer a cuenta que todas las manifestaciones que componían la Huelga se llevaban a cabo frente a un público numeroso y complaciente y que EL DESFILE, en particular, era presenciado y aplaudido multitudinariamente, por lo que la vida de la ciudad se paralizaba en gran medida y la atención popular se concentraba en el cortejo entre las 9 de la mañana y las 2 de la tarde. Al terminar

éste en la Facultad de Derecho, al compás de la marimba, muchos de los huelgueros se ponían una soca de pronóstico reservado, de preferencia con cerveza donada en cantidades navegables por los conocidos fabricantes que hay en el país.

Para quienes ingresamos a la Universidad en 1947, la Huelga sólo nos dio un alegrón, puesto que, en la Velada Estudiantil, unos estudiantes de medicina presentaron un número en el que se hacía burla de los militares y en particular de los cadetes de la Escuela Politécnica, quienes, entre otras mojigangas, cantaban a coro, con la música de una ronda infantil: *...los calcetes dicen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío...* para terminar clamando: *...y aunque no lo crean, somos los campeones, entre los huevones, pío, pío, pío.* A pesar del estilo moderado, por no decir naif (ingenuo, para los que están en gallo) del numerito, algunos oficiales rabiosos treparon al escenario para interrumpirlo y uno de ellos lanzó una bomba lacrimógena. Algunos estudiantes como el ya mencionado *Chichicúa* López, Luis Canella y otros que de momento no recuerdo pararon a los agresores, pero el espectáculo terminó abruptamente y varios militares ofrecieron impedir el desfile, por la fuerza, si los estudiantes intentaban realizarlo el Viernes de Dolores. El Honorable Comité de Huelga deliberó y constató que atrás de unos desórdenes callejeros, que corrían el riesgo de desembocar en derramamientos de sangre, había un deseo de los políticos derechistas de la época de llevar las cosas mucho más lejos y provocar así un grave problema al Gobierno. En tal virtud, sin dar a conocer los motivos de fondo, sino haciendo público su deseo de evitar confrontaciones tan inútiles como estériles, sus miembros decidieron enterrar La Huelga, de suerte que, sin renunciar al desfile, ordenaron prescindir de todos los número satíricos, pedir al estudiantado que marcharan en silencio, vestidos de luto, escoltando un féretro que, juntamente con el NO NOS TIENTES, que simbólicamente portaba, se enterró frente a la Facultad de Medicina. Tuvimos, pues, que esperar hasta el año de 1948 para participar en la fiesta completa.

*El año pasado en esta velada
Quisieron callarnos con la fuerza
armada!
Pero enalteciendo su honrada memoria
La Huelga enterramos con toda su
gloria.
Este año venimos con fuerza y con brío
A darle al Gobierno en el mero fondillo
Los flatos y el miedo dejando a un lado
Invicto prosigue el estudiantado.*



Ese fue sin embargo, el último acto de una vida estudiantil despreocupada. Los nubarrones de la tormenta *liberacionista* se acumulaban inexorablemente en un horizonte dibujado por las rabias de la *United Fruit Company* y por la guerra fría dirigida por el Departamento de Estado gringo, así como por los terratenientes locales, la prensa vendida al monopolio bananero y sus empresas subsidiarias, y la jerarquía católica ultramontana encabezada por el Arzobispo Mariano Rossell Arellano, alias Sor Pijije, mote que los huelgueros del 45 le habían endilgado.

Con estos versos de ocasión, montados sobre la música de una melodía popular del momento, saludaba un coro de estudiantes de medicina la reanudación del festejo en la apertura de la VELADA DE 1948. El NO NOS TIENTES apareció puntualmente durante la noche anterior el Viernes de Dolores y, más o menos a las 8 de la mañana de éste, en una ceremonia medio *cachimbira*, encabezada por los huelgueros de la generación del 20, en su mayoría simpatizantes de las derechas del momento, se desenterró el féretro inhumado el año anterior y, acto seguido, se dio comienzo a un DESFILE lleno de vida y jocosidad, no sólo para satisfacción de los que íbamos en él sino para solaz y alegría de los miles de mirones que concurrían a disfrutarlo. No cabe duda de que la Huelga de Dolores, en tanto que espectáculo de sátira política y de ingenio juvenil, capaz de cautivar la atención masiva de los distintos estratos de las clases sociales de la ciudad capital, empezaba a experimentar su mejor época. Nosotros tuvimos la suerte de vivirla y de contribuir al mejoramiento del espectáculo y a su disfrute colectivo.

En 1949, un relevo generacional nos llevó a los puestos de dirección, sea como miembros del HONORABLE, sea como autores y realizadores de representaciones en la VELADA, de artículos en el NO NOS TIENTES o de carrozas y números ambulantes en el DESFILE. Nuestros caricaturistas también exhibieron sus capacidades en la ornamentación de los exteriores de los edificios facultativos, de cuyos muros pendieron grandes cuadros. La colaboración estudiantil trascendió los límites de medicina y derecho, enriquecida con los aportes de los compañeros de las otras Facultades, especialmente de Odontología e Ingeniería. El multifacético Carlos *el Sapo* Fuentes innovó, con su escuadrón de ágiles batonistas, formado por *mueleros*,

el encabezamiento del cortejo. Chema Rodríguez, de ingeniería, ideó carrozas que escultores habilísimos como el artista Max Saravia Gual convertían en monumentos efímeros. Don Carlos Rigalt, refugiado catalán de la Guerra Civil española y decorador teatral profesional, engalanó con sus telones de fondo los números más conspicuos de la VELADA. Caricaturistas excelentes como *Cuca* López Larrave no sólo tejieron con fina ironía el letrero que dice NO NOS TIENTES y llenaron de una sátira ingeniosa las páginas del mismo, sino exornaron los exteriores de los edificios facultativos. Oscar Salazar, Mario Pinzón, el *Sapo* Yela, Julio Molina, Pancho Sandoval y otros jóvenes de medicina, especialmente dotados para la música o el canto, entrelazaron retazos de música clásica y popular, en los que acomodaron letras satíricas que rozaban el ingenio y se adentraban en la procacidad, lograron hacer *óperas* que, con los decorados de Rigalt, el acompañamiento de la orquesta del *Chato* Lobos y los vestuarios bien elaborados con los que se dotó a los compositores-actores, no sólo endulzaron el oído de los asistentes a las VELADAS sino ampliaron significativamente el repertorio de éstas. Poetas verdaderos como *Chus* Guerra Morales, Werner Ovalle López o Edgar S. Lemcke dieron lustre a las publicaciones escritas y a las representaciones teatrales, tanto con sus versos cargados de picardía como con su prosa poética y dardónica. Igualmente, quienes en ese entonces no sabíamos que algún día íbamos a cultivar la prosa literaria, como lo ha venido haciendo Chepe el *Sordo* Barnoya, o los ensayos histórico-sociales, hasta donde el correr de los años me ha conducido, nos encontrábamos muy a gusto haciendo números para la VELADA en unión de nuestros compañeros y amigos. En mi caso, con Fito Mijangos, Julián García, Angel *Chiste Fino* Valle, Leonel *el Seco* Aguilar, Carlos *Cholerón* Velásquez, Oscar *Catracho* Taracena, Francisco *Pato de Agua* Alegría, Miguel *el Coche* Massis, Roberto *el Zope* Villagrán, Luis Emilio el *Choteado* Anzueto, Félix *Tabla* Castillo Milla, Alfredo *El Canche* Bonatti, Jorge *Pitcher* Quintero, Alfredo Balcells Tojo, Ennio *el Negro* de León Barzolli, Alfredo *El Negro* Valle Calvo II, el *Cangrejo* Barrios o el *Chatío* Posadas, con los que, en muchos casos, nos unía el trabajo común en los juzgados, donde hacíamos nuestra práctica como estudiantes de derecho. Había otros “dramaturgos” como Oscar el *Choco* Recinos, su artista exclusivo Rubén *el Peche* Chávez y sus adláteres que hacían, a rimas forzadas, críticas un tanto resentida a los gobiernos de la Revolución. En el monólogo destacaron algunos de los ya mencionados y sólo resta agregar a Roberto *Mazapán* Fuentes, de medicina, especialista de los juegos de palabras y de *los cambio de velocidad* en el discurso, si se nos permite agredir a los lectores con una metáfora beisbolera.

Durante los años 52, 53 y 54 logramos perfeccionar la organización de las

VELADAS y presentar un espectáculo ininterrumpido, que habiéndolo comenzado con puntualidad y logrado atrapar al espectador, al cabo de dos horas y media lo devolvía a la calle con la satisfacción de que habían jodido a los que él quería que jodieran y la agradable sensación de haber reído de buena gana. Ese fue, sin embargo, el último acto de una vida estudiantil despreocupada. Los nubarrones de la tormenta *liberacionista* se acumulaban inexorablemente en un horizonte dibujado por las rabias de la *United Fruit Company* y por la guerra fría dirigida por el Departamento de Estado gringo, así como por los terratenientes locales, la prensa vendida al monopolio bananero y sus empresas subsidiarias, y la jerarquía católica ultramontana encabezada por el arzobispo Mariano Rossell Arellano, alias Sor Pijije, mote que los huelgueros del 45 le habían indilgado. La intervención norteamericana, fielmente narrada por los historiadores gringos Kintzer y Schlesinger en su conocida obra *Fruta Amarga - La CIA en Guatemala*, tendría su desenlace a fines de junio y a principios de julio de 1954. La reforma agraria iniciada por el gobierno de Arbenz en 1952, luego de comprobar a través del 1er. Censo Agropecuario que el 2% de la población poseía el 80% de la tierra cultivable de todo el territorio del país, había abierto las puertas a la recomposición de la estructura agraria a favor de los campesinos sin tierra, cosechadores de los frutos exportables, remunerados con salarios insuficientes y victimados por la discriminación social y racial, ya que la mayoría de ellos era india. Esa puerta fue brutalmente cerrada por el nuevo gobierno, encabezado por Castillo Armas, asesinado poco tiempo después por sus propios partidarios, quienes hasta la fecha no han querido decir quiénes fueron los autores, cuáles fueron los móviles y qué resultados obtuvieron. Desgraciadamente, los aires de libertad dejaron de soplar: el Comité de Defensa contra el Comunismo fue la versión coetánea de la inquisición y agentes gringos vinieron a interrogar a los agraristas presos para saber cuál era su grado de perversión comunista y hasta qué punto habían puesto en peligro a la democracia, a la civilización occidental, al cristianismo y a la seguridad continental. Otros, agraristas reales o supuestos, comunistas, *filocomunistas* y *arbensocomunistas*, según los rangos creados por la taxonomía liberacionista fueron ejecutados sin juicio, encarcelados sin proceso o expatriados. El alud de arbitrariedades nacido en esos momentos ya no se detuvo. La oclusión de todos los caminos políticos para quienes pretendieran organizarse libremente en partidos, unida a la vuelta de los abusos patronales y gubernamentales en el campo, fueron trazando los caminos para que dos inconformidades que se gestaron separada y paralelamente en los ambientes urbanos y rurales, llegaran a juntarse en las distintas fases de las revueltas que, más adelante, cuajaron en una insurrección popular y llevaron al clímax los actos represivos, encumbrando hasta

los más altos rangos del poder y de la impunidad a una gavilla de militares, esbirros y sicarios impulsados, al principio, por una oligarquía que creía encontrar en las matanzas de campesinos indios el remedio a sus errores de planificación y ejecución de sus actividades agroexportadoras; y, más adelante, asumidas como proyecto propio por esos mismos militares, aglutinados como un grupo social parapetado en la fuerza bruta que aquellos oligarcas les pidieron emplear como método de gobierno, y dispuestos a obrar por cuenta propia, bajo los paraguas protectores de la ayuda militar gringa (directa o embozada) y de los narcotraficantes colombianos, a la sombra de los últimos capítulos de la guerra fría y del manto de impunidad total con la que ésta los había cubierto.

Hasta la fecha siguen presentes en las múltiples fechorías que a diario se cometen contra la población, y continúan siendo responsables directos e indirectos de la descomposición de la administración de justicia, de la esterilización de la educación, del peculado y del contrabando, así como de la volatilización de los valores cívicos y políticos.

A todo esto nos tuvimos que enfrentar los estudiantes de la segunda parte del año de 1954 y lo empezamos a adversar desde la HUELGA DE DOLORES de 1955, aunque, a partir de entonces, la represión empezó a cercarnos. Desde la AED y la AEU supimos plantar cabeza, pero unos detrás de otros nos fuimos graduando y fue a los compañeros que venían detrás a quienes tocó la valiente tarea de enfrentar a los usurpadores del poder popular. Chepe Barnoya se hizo médico en 1956 y yo me recibí de abogado el día de la VELADA de la Huelga de Dolores de 1957. Mis antiguos compañeros que dirigían las actividades huelgueras lo anunciaron al público del cine LUX al cual había asistido como espectador y miembro del jurado que habría de premiar las actuaciones más sobresalientes. Todavía recuerdo con afecto y emoción la ovación prolongada con la que se me premiaba por haber concluido una etapa de mi vida y se me deseaban éxitos para la siguiente. Al parecer tanto mis amigos como yo seríamos, a partir de la próxima Huelga, únicamente colaboradores externos y así empezó a suceder. Para quienes ya habían escrito con anterioridad en el NO NOS TIENTES las cosas no cambiaron, pero para los que habíamos realizado otro cometido, el incursionar en ese periodismo heterodoxo fue una novedad y un reto agradable, máxime si se tiene en cuenta que las colaboraciones se daban una vez al año.

Al despuntar el alba de 1959, el triunfo de la Revolución Cubana conmovió a toda América Latina. En Guatemala fuimos muchos los que habíamos venido

siguiendo sus pasos y vicisitudes en las revistas cubanas *Carteles* y *Bohemia* que leíamos con fruición. Nos impresionaba sobremanera el que uno de los *ejércitos de ocupación en su propia tierra* (según una afortunada frase de Germán Arciniegas) pudiera ser vencido por el pueblo en armas. El subcontinente latinoamericano empezó a ser sacudido por convulsiones políticas que estremecieron sucesivamente a casi toda América del Sur, desde Colombia hasta el Cono Sur; y, en Guatemala, el cúmulo de abusos, arbitrariedades y malversaciones de los caudales públicos creaban el caldo de cultivo para que las inconformidades desembocaran en revueltas.

Sin embargo, muchos de los nuevos profesionales tuvimos la oportunidad de disfrutar de becas de especialización o de estudios de postgrado en el extranjero. Algunos de los compañeros médicos marcharon a distintas clínicas y hospitales de *gringolandia*. Otros fuimos a la América del Sur. En Santiago de Chile, recibía cartas del *Sordo* Barnoya, quien se hacía amaestrar en urología en Nueva York. Durante esas largas ausencias nos desentendíamos de los avatares de la Huelga, pero estuvimos al tanto de las noticias de Guatemala que cada vez eran más desalentadoras. En los períodos que mediaron entre unas y otras salidas al extranjero volvíamos a presenciar las burlas a la voluntad ciudadana que se multiplicaban al igual que los abusos y las predaciones del erario nacional. Las colaboraciones al NO NOS TIENTES volvían a salir de nuestras manos. Con Ydígoras Fuentes la descomposición del equipo de gobierno llegó a mostrar la podredumbre del sistema en su totalidad, la guerra de guerrillas comenzó y la represión hizo lo suyo, sobre todo a partir del cuartelazo dirigido por militares encabezados por Peralta Azurdía, en cuya época la Huelga de Dolores fue proscrita una vez más.

La mayor parte de los antiguos huelgueros estaba de regreso en Guatemala y ejercita liberalmente sus profesiones o profesaba como docente en la Universidad de San Carlos. Los que así lo hicimos, nos reencontramos con los recuerdos, las inquietudes de los colegas catedráticos y las demandas de los estudiantes, de manera que no había dificultad para dialogar con los dirigentes de la AEU y de las asociaciones estudiantiles de las diversas Facultades. Ante la estrechez del cerco gubernamental en torno a las actividades de la Huelga, dos o tres dirigentes de la AEU nos pidieron -a Fito Mijangos, a Chepe Barnoya y a mí- que centralizáramos todo lo relacionado con la preparación, redacción y publicación del NO NOS TIENTES, a efecto de entregarles el día anterior al Viernes de Dolores el periódico listo para su distribución. Por comodidad, de común acuerdo decidimos que yo

coordinara no sólo las actividades relacionadas con los textos escritos sino lo antinente al material gráfico, lo cual implicaba asociar a *Cuca López Larrave* quien siempre preparó, con gracia incisiva e ingenio punzante, caricaturas y pequeños textos. Por supuesto, el otro redactor era *Chus Guerra*, veterano nonostientero, poeta mordaz y prosista burlón. El *Sordo Barnoya* redactó los artículos más jocosos, tendientes a ridiculizar frases, actuaciones o situaciones no sólo de los actores de la farándula política sino de personajes que se hacían notar por estúpidos, desfachados o simplemente cachimbios. Yo asumí el rol de editorialistas, así como el de diagramador, el cual desempeñaba asistido por los directores de las imprentas que año con año alternábamos, por razones de seguridad. Por eso acudía, sigilosamente, sea al *Cuache Juárez Aragón* de la *Imprenta Landívar*, sea a don Arturo Hernández de la *Imprenta Eros*; y, en una oportunidad, en que ambas estaban vigiladas, los muchachos de la AEU llevaron todo el material a El Salvador. De ellos, recuerdo bien al entonces estudiante de ingeniería química *Fredy Ordóñez*. Allá lo hicieron tirar y lo regresaron clandestinamente a Guatemala, donde apareció en tiempo y sin mayores tropiezos.

Ahora bien, aparte de las colaboraciones que cada uno preparaba en forma individual, el Directorio, la cartelera cinematográfica, los avisos clasificados y los jodogramas o chincogramas eran obra de este pequeño grupo, reunido en una asamblea general de ocurrencias y de carcajadas, ante la cual, por tratarse del artículo de fondo, leí siempre el editorial. Con posterioridad, aún cuando en tiempos de Julio César Méndez Montenegro, de Arana Osorio y Laugerud García, las manifestaciones de la Huelga volvieron a ser toleradas, el NO NOS TIENTES quedó en nuestras manos.



No debe olvidarse que los largos años de terror, humillación y, sobre todo, impunidad que nos han copado y agobiado, han colocado a la brutalidad arbitraria por encima de la racionalidad y de la nobleza de sentimientos. No podemos olvidar que, en sus peores momentos, la Universidad de San Carlos se vio invadida por bandas armadas de expendedores de drogas, custodiados por pistoleros enviados por los mandos militares para desarticular la autoridad de sus dirigentes académicos y administrativos y envilecer a sus estudiantes.

Los avatares de la vida política y académica nos separaron por algún tiempo. Fito Mijangos tuvo que exiliarse en México y yo partí hacia París a iniciar otro postgrado. Durante las ausencias, quienes se quedaron echaron adelante el periódico sin dificultades, ya que -afortunadamente- ninguno de todos era imprescindible.

Mijangos volvió al país y a la cátedra universitaria. Fue electo diputado por la oposición. Por su verticalidad, mientras se transportaba sentado en su silla de parapléjico, fue acribillado, con una ráfaga de metralla, por la espalda. Fue el primer caído y constituyó a la vez el primer aviso de que los militares en el poder endurecían su posición frente a los universitarios. Por esos tiempos, varios miembros de nuestra generación nos organizamos políticamente dentro y fuera de la Universidad de San Carlos. Rafael Cuevas del Cid y Edmundo Vásquez Martínez fueron electos en 1966, respectivamente, Decano de la Facultad de Derecho y Rector de la Universidad. En 1970, Rafa Cuevas sustituyó a Mundo Vásquez en el rectorado y Mario López Larrave sucedió a Cuevas en el Decanato, al tiempo que Meme Colom Argueta ocupaba la alcaldía de la Ciudad de Guatemala. Eramos un grupo de amigos y varios equipos de trabajo. Si intento enumerarlos a todos voy a dejar de mencionar, involuntariamente, a más de alguno por lo que prefiero suprimir las listas.

Baste decir que, para entonces, los grupos afines, compuestos en su mayoría por profesionales recién graduados y estudiantes, no sólo eramos numerosos sino actuaban con inteligencia, firmeza e independencia. Muchas veces nos encontramos persiguiendo fines comunes e hicimos juntos el camino. Parte de ese camino fue el NO NOS TIENTES. Ya no contábamos con Fito Mijangos, pero asociamos, para los aspectos gráficos al abogado Jaime Valencia y al dibujante Ramírez Amaya.

La guerra civil se había intensificado y los represores siguieron segando vidas de profesores y estudiantes universitarios, así como de dirigentes políticos y sindicales en las ciudades y, principalmente, en la capital. Aunque la presión en el campo se acentuaba, para la población rural e india aun faltaba lo peor. En su momento. Lucas García y Ríos Montt se arrojarían sobre ella con su tristemente célebre política de *tierra arrasada* y su variante intitulada *fusiles y frijoles*. Por estar fuera del país no colaboré en los NO NOS TIENTES de 1966, 1969 y 1972.

En 1977, coordiné, sin saber que era la última vez, la edición del periódico. El

Viernes de Dolores de ese año, después del medio día, nos reunimos en casa del Sordo Barnoya, Chus Guerra, Cuca López Larrave y yo. Brindamos con alegría y coreamos con carcajadas los textos que habíamos escrito y las caricaturas que los habían ilustrado. Pocos días después, el 13 de abril, tuve que marchar al exilio como perseguido político. En México un grupo de amigos y colegas antropólogos, encabezados por Guillermo Bonfil Batalla me abrieron las puertas del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, en el que no sólo encontré trabajo y reconocimientos académicos sino amistades profundas e imperecederas. A veces tenía el placer de platicar con Mario Monteforte Toledo o con Rolando Collado y en el departamento de Jorge Mario García Laguardia, siempre encontré, con él y su familia, un remanso de alegría y amistad. Mis visitas a Guatemala fueron un tanto furtivas hasta 1985, año en que volví a colaborar con la Universidad de San Carlos, con una pequeña tarea de investigación en el Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la vieja y muy cambiada Facultad de Derecho. Alterné hasta este año de 1997 mis estancias en Guatemala y México. Quetzaltenango y San Cristóbal de las Casas han sido mis centros de acción e investigación, así como de docencia irregular pero constante, por lo que he ido perdiendo mis nexos con la Huelga de Dolores. Sin embargo, nunca dejé de relacionarme con aquellos compañeros de generación con los que he compartido tantos ideales, experiencias y trivialidades. Todavía me entristecen e indignan los asesinatos de mis compañeros y amigos Cuca López Larrave y Meme Colom Argueta, acaecidos mientras estaba en México y me conturba, por supuesto, las muertes violentas de tantos compañeros, colegas amigos y desconocidos con las que la insania mental y moral de los regímenes sanguinarios, regidos por chafarotes, apoyados por oligarcas y sufragados por gringos, escribió uno de los capítulos más lacerantes y vergonzosos de nuestra historia.

Se ha dicho que la Huelga de Dolores, durante los últimos 15 años, ha ido decayendo en ingenio para dar paso a la chocarrería y que, en términos generales, ha dado pie a abusos de encapuchados que, al pedir contribuciones en dinero, agreden y, en vez de hacer reír, provocan rechazo y temor entre las personas comunes y corrientes. Se afirma, por otro lado, que las críticas políticas carecen de consistencia y de profundidad, que el lenguaje que se utiliza en ellas no sólo es pobre sino predominantemente soez, y que el auditorio con el que cuenta el espectáculo es cada vez más reducido al extremo de que gran parte de la población de la ciudad no le presta atención o lo ve con indiferencia.

Si bien todos estos asertos descansan sobre un fondo de verdad, no debe

olvidarse que los largos años de terror, humillación y, sobre todo, impunidad que nos han copado y agobiado, han colocado a la brutalidad arbitraria por encima de la racionalidad y de la nobleza de sentimientos. No podemos olvidar que, en sus peores momentos, la Universidad de San Carlos se vio invadida por bandas armadas de expendedores de drogas, custodiados por pistoleros enviados por los mandos militares para desarticular la autoridad de sus dirigentes académicos y administrativos y envilecer a sus estudiantes. Asimismo que los profesores y estudiantes fueron infiltrados por *orejas* y matones de la peor laya, encargados de ahuyentar y de eliminar a muchos de los más valiosos. Y que, como consecuencia del reinado de la estupidez, el sistema educativo total del país se vino abajo, no sólo por la impreparación de la mayoría de los docentes -en todas las escalas- sino por la corrupción administrativa que convirtió en una feria de amistades y compadrazgos a las evaluaciones docentes.

En tales condiciones, es casi imposible esperar que las juventudes de los últimos tiempos logren despejar su mente para acercarse a una realidad de suyo compleja y, a primera vista, incomprensible, máxime si sus maestros son incapaces de plantear y mucho menos de proponer soluciones tendientes a resolver los problemas de fondo del momento histórico contemporáneo. Quizás más que en ningún otro centro de estudios superiores, las sedicentes izquierdas del nuestro son más paupérrimas. En algunos casos, da la impresión que ciertos miembros de las mismas no leyeron los periódicos de octubre de 1989 y aún no se han enterado de la caída del muro de Berlín y de su corolario obligado, el fin de la guerra fría. En lo que a las ciencias sociales atañe, siguen ligados a manuales completamente obsoletos y apoyados en ellos pretenden enfrentar los ataques de la globalización y la insolencia de los neoliberales criollos que, dicho sea de paso, únicamente intentan, en los hechos, renovar los viejos esquemas entreguistas conocidos apenas ayer como imperialismo y dependencia.

Ahora bien, ante semejante situación cuántos ejercicios de ingenio sutil, de malabarismos de palabras y de piquetes tan agudos como certeros, le podemos pedir a esa juventud. Lo peor que hicieron los gobiernos represores fue robarle la risa a los guatemaltecos. Y para que podamos recuperarla en su modalidad más franca y despreocupada habrá de transcurrir un largo tiempo todavía. Por otra parte, la ciudad ha crecido y los personajes de la vida pública, más que conocidos, son mencionados o vistos, por quienes leen la prensa o ven la televisión. Pero, el conjunto de chismes y debilidades que la situación aldeana de antes dejaba trascender, muchas veces desde la intimidad de la vida privada, se ha diluido en

un anonimato creciente empujado por la presión demográfica. Además, el prestigio que la Universidad de San Carlos tenía al comenzar las hostilidades internas no sólo lo han carcomido sistemáticamente los otros colegios privados y confesionales que navegan con bandera de universidades, sino lo han decantado sus propios miembros, tanto en lo intelectual como en lo físico, por lo que la imagen que tiene ante el gran público se ha deteriorado al extremo de que algunos de sus docentes y estudiantes, dada la traza que se gastan y el escaso dominio del lenguaje que muestran, son confundidos con especímenes estelares de las *maras* de vanguardia.

Conviene también traer a cuenta que en sus mejores años, la participación estudiantil en los distintos actos de la Huelga era mayoritaria. Si la asistencia al Convite era notoria, la que captaba la Velada era muy significativa, y evidentemente masiva la correspondiente al desfile. Por tal razón, el Honorable Comité de Huelga, inspirándose en el acontecimiento que más recientemente había captado la atención popular, mandaba a hacer disfraces uniformes para todos los estudiantes que no tenían participación específica en los diferentes números ambulantes, de suerte que todos los concurrentes se consideraban parte integrante del espectáculo y llevaban en el pecho la tarjeta alusiva al momento, tal como la que en la semana siguiente determinaría a los cucuruchos de las procesiones el turno que les tocaba para cargar.

Con el paso de los años el número de estudiantes universitarios aumentó y la asistencia a los actos de la Huelga decreció en forma galopante. Si al desfile de la conmemoración de los 100 Años de la Huelga de Dolores concurriera, por ejemplo, la séptima parte de la población estudiantil actual, presenciáramos un cortejo formado por cerca de 10,000 personas, las cuales indudablemente cursarían un impacto profundo en la opinión pública. En aquella época, quizás era la séptima parte la que dejaba de asistir. Empero, hay que entender que los tiempos cambian y que, en esta ciudad de Guatemala, el que un acontecimiento de crítica política jocosa haya alcanzado, a pesar de las interrupciones y de los vendavales también políticos, un siglo de duración es, sin lugar a dudas, un hecho por demás significativo que es imposible ignorar o minusvaluar. En todo caso, el cambio en las condiciones sociales, económicas, demográficas, ideológicas, culturales y políticas tiene que conducir a otras formas expresivas del sentir estudiantil. Posiblemente el cambio se dé poniendo otros contenidos dentro del marco tradicional de la Huelga o quizás este último caiga en desuso. La dinámica social marcará los rumbos futuros.

Estas líneas son una urdimbre de recuerdos en la que se entremezclan lugares, situaciones y personajes cuyos avatares son relatados como el testimonio de alguien que considera, en todo momento, que camina dentro de una época y va al paso de su generación. Desde ese punto de vista, es un retazo de la historia privada de Guatemala, observada desde un balcón de las clases medias de la ciudad capital, con sus pequeñeces y sus limitaciones. Por otra parte, es un intento de situar un fenómeno de desfoque social que, en determinados momentos llegó a trascender los estrechos límites de un sector de las capas intermedias urbanas, para alcanzar una cierta trascendencia en la vida colectiva y en la opinión pública.

Ahora bien, al fenómeno social así señalado se le coloca en el contexto de la sucesión de hechos acaecidos tanto en el resto del territorio guatemalteco, como -mediante la utilización de círculos concéntricos- en la América Central, el área del Mar Caribe, la América Latina, en sus complejas y equívocas relaciones con los Estados Unidos de América, y finalmente en el marco del panorama mundial, donde, en el transcurso de la época relatada, terminó la Segunda Guerra Mundial, se desarrolló la Guerra Fría, se constituyó la República Popular China, se descolonizó gran parte de África y de Asia, los franceses primero y los gringos después perdieron la guerra del Viet Nam, los satélites artificiales orbitaron alrededor de la tierra, el hombre se posó en la Luna, las sondas espaciales recorrieron el sistema solar, se pasó de la máquina de escribir a la electrónica, y de ésta a la computadora hasta llegar a la comunicación por internet. Del radio se llegó a la televisión en blanco y negro y ahora se transita por la de colores. Los aviones se mueven con propulsión a chorro. El cine, la fotografía y el video-casette pusieron a las formas, los volúmenes y los colores en movimiento. El Japón se erigió en un gigante industrial y financiero. La Unión Soviética naufragó, la Unión Europea se fortaleció, el Islam desafió otra vez a Occidente, el Apartheid se desmoronó, los países pobres se empobrecen más y la sombra liquidadora de la globalización amenaza su futuro inmediato. El mejor negocio del siglo es la narcoproducción, el narcotráfico y el lavado de dólares que no sólo han enriquecido desmedidamente a los intermediarios sino han logrado una acumulación sin precedentes en las arcas de los destinatarios, a costa del envenenamiento creciente de la población del planeta, acosada, por otra parte por la plaga del SIDA.

Sin que la precedente sea una lista exhaustiva, es suficiente para medir la magnitud del torbellino que nos ha venido envolviendo y que no deja de girar. Sin embargo, desde nuestra pequeñez no hemos sido capaces de asir la situación

global y menos de medir sus efectos. Demasiado ocupados en destruirnos unos a otros intentamos asomarnos al Siglo XXI arrastrando suficientes dolores como para dedicarles unas cuantas Huelgas más.



Mixco, Guatemala, viernes
de dolores de 1998.